

**HACIA UNA ECOESPIRITUALIDAD NEUMATOLÓGICA EN LA CRISIS
AMBIENTAL: COMPRENSIÓN DESDE LA ECOSOFÍA Y LA CRÍTICA TEOLÓGICA
DE LEONARDO BOFF**

SAMIR ANTONIO MAHECHA GUTIÉRREZ

UNIVERSIDAD CATÓLICA LUIS AMIGÓ

FACULTAD DE EDUCACIÓN Y HUMANIDADES

PROGRAMA DE TEOLOGÍA

MEDELLÍN

2025

**HACIA UNA ECOESPIRITUALIDAD NEUMATOLÓGICA EN LA CRISIS
AMBIENTAL: COMPRENSIÓN DESDE LA ECOSOFÍA Y LA CRÍTICA TEOLÓGICA
DE LEONARDO BOFF**

**Trabajo de grado, entregado en modalidad de artículo, para optar al título
de teólogo**

Asesor

PhD. Juan Sebastián Hernández Valencia

UNIVERSIDAD CATÓLICA LUIS AMIGÓ

FACULTAD DE EDUCACIÓN Y HUMANIDADES

PROGRAMA DE TEOLOGÍA

MEDELLÍN

2025

Nota de aceptación

Presidente del jurado

Jurado

Jurado

Medellín, 17 de noviembre de 2025

Introducción

El ser humano siempre se ha relacionado con la naturaleza, de ella ha utilizado los recursos necesarios para vivir, desde la caza y recolección, agricultura, ganadería y domesticación, hasta la minería, construcción, industrialización y perfeccionamiento técnico. En este proceso de avance, ha evolucionado hacia un capitalismo desmedido, de consumo excesivo, que lo ha llevado a pretender el dominio de la naturaleza, logrando una sobreexplotación que resulta en la crisis ambiental contemporánea. Pero esta crisis no solo tiene sus raíces desde causas económicas, sino que también tiene raíces desde lo ético y espiritual. Es así como la ausencia de una vivencia espiritual auténtica, que guíe al ser humano a responder al llamado divino de cuidado y respeto por la naturaleza, contribuye a la crisis ecológica. Entonces, encontramos que la espiritualidad cristiana puede ofrecer respuestas transformadoras en la forma en que las personas interactúan con el medio ambiente, la relación entre el ser humano y el ecosistema, marcada por la acción del Espíritu, cuya ausencia puede llevar a una desconexión con la creación y a prácticas irresponsables que siguen generando el daño.

De esta manera se quiere analizar la relación de la ausencia del Espíritu (espiritualidad pneumatológica) en la vida del ser humano y en el déficit de una práctica responsable hacia el ecosistema, contribuyendo a la manifestación de una crisis ecológica, desde la perspectiva de la espiritualidad cristiana y en diálogo con la teología ecológica de Leonardo Boff. La propuesta destacará la interconexión entre la crisis ambiental y una crisis ética y espiritual profunda. Al abordar esta problemática desde una mirada teológica, se busca demostrar que el deterioro del planeta no es solo una cuestión de gestión de recursos, sino que responde a una visión reduccionista de la existencia humana que ha marginado el papel del Espíritu en la transformación personal y social. Esta investigación pretende contribuir a la reflexión académica desde la teología pastoral o teología moral sobre la necesidad de recuperar una espiritualidad cristiana que impulse acciones concretas de cuidado y reconciliación con la creación, promoviendo una conciencia ambiental fundamentada en la fe y la responsabilidad moral.

Por esta razón se adopta un método hermenéutico-crítico ya que no solo se busca diagnosticar la problemática ni realizar una lectura superficial de las fuentes, sino profundizar en las relaciones entre los conceptos. Así, los pasos metodológicos se guiarán primeramente por la recolección y selección de fuentes, donde se analizarán obras clave de Leonardo Boff, documentos pontificios

como *Laudato Si* y textos de Raimon Panikkar entre otros. Como segundo paso se hará la interpretación donde se aplicará un análisis textual crítico para identificar las concepciones de “ecosofía” “ecoespiritualidad” y “ecología integral” en Boff y Francisco, además de las diferencias entre la espiritualidad cristiana y otras tradiciones y el papel del Espíritu en la transformación ética del ser humano hacia el cuidado de la creación. Y por último encontraremos el contraste donde se compararán las perspectivas de Boff con las críticas al antropocentrismo y se evaluarán las tensiones entre el enfoque cristiano y las posturas ecocéntricas o biocentristas.

Antecedentes

Estado del arte

La crisis ambiental, a la vez ética y espiritual es abordada desde diversas perspectivas por autores como Leonardo Boff, Raimon Panikkar y el Papa Francisco, quienes enfatizan la necesidad de una transformación profunda en la relación entre el ser humano y la naturaleza. Boff (1996) plantea que el Espíritu está intrínsecamente ligado al cosmos, manifestándose en la conciencia humana y en la capacidad de amar y trascender. Propone superar el paradigma de dominación y adoptar una visión integral, donde la ecoespiritualidad reconozca a la Tierra como un ser sagrado. Esta perspectiva implica sentir, amar y pensar como parte de la naturaleza, superando la mentalidad explotadora y fomentando una conexión profunda con lo sagrado.

En obras posteriores, Boff (2000) y Hathaway y Boff (2014) desarrollan la ecología como un paradigma revolucionario que integra sociedad, cultura y espiritualidad. Critican el antropocentrismo y proponen un enfoque ecocéntrico, donde el ser humano es parte de una red interdependiente de vida. La espiritualidad y la mística son clave para reconectar con lo sagrado, no como prácticas religiosas dogmáticas, sino como experiencias que trascienden lo material. Tendremos entonces que la crisis ecológica se entiende como una ruptura de la armonía entre Dios, la humanidad y la creación, requiriendo una conversión ecológica que combine justicia social y cuidado de todo aquello que nos rodea.

Raimon Panikkar aporta una visión complementaria con su ecosofía, una sabiduría integradora que supera la dicotomía entre antropocentrismo y biocentrismo. Sepúlveda Pizarro (2018) y Jiménez (2021) destacan su enfoque cosmoteándrico, donde lo divino, lo humano y lo cósmico se interrelacionan dinámicamente. Panikkar critica la ecología superficial y propone una conexión auténtica con la naturaleza, basada en el “ritmo del ser”, que reconcilia tiempo y eternidad. Esta

perspectiva refuerza la idea de que la crisis ecológica es también una crisis antropológica y espiritual, exigiendo una ética eco-teo-sófica que redefine nuestra relación con el mundo.

Desde la teología cristiana, Francisco (2015) y el Pontificio Consejo (2005) subrayan que la creación es un don divino que requiere responsabilidad y cuidado. Francisco critica el paradigma tecnocrático y llama a una educación ecológica que fomente la conciencia crítica y la espiritualidad transformadora, pidiendo prudencia al poder caer un biocentrismo o ecocentrismo desligando al ser humano en su función dentro del ecosistema. Boff (2016) añade que el Espíritu de Dios trasciende las religiones, inspirando una espiritualidad universal presente en todas las culturas. La solución a la crisis implica un cambio de mentalidad, estilos de vida sobrios y una solidaridad intergeneracional, integrando ciencia, ética y espiritualidad para construir un futuro en armonía con la Tierra.

Marco teórico

La problemática ambiental ha concebido múltiples conceptos intentando dar una solución a la realidad que presenta la humanidad frente al deterioro de su entorno. De esta manera surgen distintas categorías que, si bien abordan de una determinada manera el problema, intentan describir la realidad que se presenta y se busca dar una respuesta a la situación presente. Es así como es imprescindible para la presente investigación, desarrollar a cabalidad el concepto ecosofía como centro guía del desarrollo del presente estudio.

Ecosofía

El término ecosofía fue propuesto por Arne Naess (1989) para referirse a una filosofía ecológica que supera las respuestas técnicas y superficiales, planteando un cambio profundo en la manera como el ser humano se relaciona con la naturaleza, ya que no basta con conservar recursos para beneficio propio, sino que es necesario reconocer que todas las formas de vida tienen un valor intrínseco y un derecho a existir más allá de su utilidad. Naess diferencia entre la ecología superficial, limitada a medidas correctivas, y la ecología profunda, que busca una transformación en la conciencia humana, en la que el ser humano deja de situarse en el centro y se reconoce como parte de la trama de la vida, en igualdad biosférica con las demás especies. Esta propuesta se amplía con la visión de Raimon Panikkar (1993), quien desde su paradigma cosmoteándrico sostiene que la realidad está formada inseparablemente por lo cósmico, lo divino y lo humano, de modo que no

hay “anthropos” sin “cosmos”, ni cosmos sin “theos”, y que por lo tanto toda vida está vinculada en una red de interdependencia. En este sentido, la ecosofía no es solamente un concepto teórico, sino una sabiduría práctica que orienta la vida hacia un modo de habitar el planeta marcado por la reverencia y el respeto hacia la Tierra como hogar sagrado. Sepúlveda Pizarro (2018) describe esta visión como un ritmo del ser donde tiempo y eternidad se encuentran, mientras que Jiménez (2021) la presenta como una experiencia mística que integra el cuidado de la naturaleza con la dimensión espiritual del ser humano.

Ecología integral

El concepto de ecología integral se desarrolla a partir de los aportes de Leonardo Boff (1995) y del Papa Francisco (2015), quienes resaltan que la degradación ambiental está intrínsecamente ligada a la injusticia social y a la crisis espiritual. Boff (1995) plantea una ecología liberadora que denuncia la lógica de dominación capitalista y reconoce a la Tierra como un sujeto vivo. Francisco (2015) en *Laudato Si*, propone la ecología integral como un paradigma ético-político que articula dimensiones ecológicas, sociales, culturales y espirituales, invitando a una conversión ecológica que cuestione el paradigma tecnocrático. Este enfoque holístico exige un cambio civilizatorio donde la justicia social, la espiritualidad y el cuidado de la creación se integren en un mismo horizonte transformador.

Ecoespiritualidad

La ecoespiritualidad, según Boff (1996), se fundamenta en la conciencia de que la Tierra es un ser sagrado y vivo en el que se manifiesta lo divino. Esta perspectiva plantea que no puede haber ecología sin equidad, pues el clamor de los pobres y de la Tierra son uno solo. Por su parte, Francisco (2015) entiende la ecoespiritualidad como parte de la conversión ecológica, que se expresa en actitudes de gratitud, sobriedad y cuidado concreto de la creación, inspiradas en la espiritualidad de san Francisco de Asís. En este sentido, la ecoespiritualidad se configura como una práctica transformadora que supera la visión instrumental de la naturaleza, promoviendo una relación de reciprocidad entre lo humano, lo cósmico y lo divino.

Espiritualidad profunda

Boff (1996) y Francisco (2015) coinciden en señalar que una espiritualidad superficial, centrada en el bienestar individual y desconectada de la justicia social y ecológica, resulta una salida injusta frente a la crisis contemporánea. En cambio, la espiritualidad profunda se concibe como una experiencia integral que une la dimensión interior del ser humano con su compromiso social, ecológico y político, es una espiritualidad práctica. Esta perspectiva entiende la espiritualidad no como un refugio intimista, del sentirse bien, sino como una fuerza transformadora que impulsa a encarnar el amor de Dios en la historia mediante prácticas concretas de justicia, solidaridad y cuidado. Así, se reconoce que no puede haber comunión con Dios sin comunión con los demás y con la Tierra, pues “no se ama a Dios mientras se destruye su creación” (Francisco, 2015). La espiritualidad profunda implica, entonces, una contemplación activa, en la que la oración y la mística conducen necesariamente a la acción. En este sentido, la espiritualidad profunda se convierte en un camino de conversión existencial que supera el consumo religioso o ritualista para abrazar una praxis encarnada y comprometida con la vida. Desde esta óptica, el cristianismo aporta una visión pneumatológica, en la que el Espíritu fecunda el mundo y transforma al creyente, impulsándolo hacia una civilización del amor integral que responda proféticamente al colapso ecológico y social (Francisco, 2015; Boff, 2016).

La crisis ambiental y espiritual

La actual crisis ecológica es también una crisis espiritual. Allí donde el ser humano se ha desconectado del Espíritu y ha reducido la creación a objeto de aprovechamiento, se ha agudizado la devastación. La recuperación de una espiritualidad profunda desde la concepción cristiana católica occidental puede convertirse en un factor determinante para revertir esta dinámica y construir un horizonte de reconciliación con lo Otro.

La crisis ambiental

La evolución humana ha estado intrínsecamente ligada a su entorno natural desde los orígenes de la civilización. Mientras culturas ancestrales desarrollaban una relación de respeto y reciprocidad con la Tierra, considerándola sagrada (Boff, 1996), las sociedades occidentales avanzaron hacia un capitalismo desmedido que promovió la dominación y explotación de la naturaleza como recurso ilimitado.

El deterioro ambiental inició con la expansión de asentamientos humanos que utilizaron recursos maderables y mineros sin criterios de sostenibilidad. Posteriormente, el feudalismo consolidó la concepción de la Tierra como medio de producción, sentando las bases para la acumulación capitalista. Como señala Ángel Maya (1996), “el nacimiento del capitalismo industrial no tiene la condición de milagro como parece sospecharse. Venía exigido por el desarrollo de la actividad minera, y sólo era posible gracias a la acumulación lograda en la actividad agraria y en la explotación de los nuevos mundos” (p. 45).

La Revolución Industrial marcó un punto de inflexión crítico. Burgui (2005) describe cómo “la técnica se pone al servicio de la transformación de los recursos y de la producción, se crean industrias por doquier, aumenta el consumo de energías fósiles y con ello la contaminación” (p. 28). Este proceso generó las primeras alertas ambientales, como la crisis de escasez de madera en Inglaterra y Países Bajos durante los siglos XVI y XVII (Burgui, 2005).

El siglo XX evidenció la magnitud del problema con conflictos bélicos que aceleraron la degradación ambiental. La Primera Guerra Mundial provocó deforestación masiva, erosión y contaminación de suelos (Ramírez Hernández y Arango, 2014). La Segunda Guerra Mundial intensificó estos impactos con el uso de armas nucleares que causaron exterminio de especies, contaminación radiactiva y afectaciones a la salud humana.

La industrialización progresiva trajo consigo catástrofes ambientales emblemáticas. La Gran Niebla de Londres (1952), el vertedero tóxico de Love Canal (1953), el envenenamiento por mercurio en Minamata y el accidente de Bhopal (1984) demostraron la urgencia de regulaciones ambientales estrictas.

La llamada “Revolución Verde” (1960-1980) prometió combatir el hambre mediante tecnologías agrícolas, pero generó efectos adversos significativos. Cecon (2007) advierte que “el uso indiscriminado de agrotóxicos y fertilizantes químicos han esterilizado el suelo, reduciendo al mínimo la actividad microbiana y la fauna del suelo, además de haber provocado la contaminación de las aguas subterráneas” (p. 31).

La industria petrolera ha sido particularmente devastadora, con derrames como el Exxon Valdez (1989), Prestige (2002) y Deepwater Horizon (2010) que afectaron ecosistemas marinos completos. Simultáneamente, la minería intensiva ha generado contaminación por metales pesados, alteración de cursos hídricos y deforestación a gran escala. La OEA (2000) alerta que “las

aguas subterráneas y superficiales pueden ser permanente o temporalmente contaminadas por el mal uso de reactivos químicos en el proceso de extracción de los minerales” (p. 15).

La generación energética ha dejado huellas profundas mediante accidentes nucleares (Three Mile Island, Chernobyl, Fukushima) e impactos de represas hidroeléctricas que inundan ecosistemas y desplazan comunidades (Peláez y Corredor, 2009). Las termoeléctricas continúan dependiendo de combustibles fósiles que emiten gases de efecto invernadero, exacerbando el calentamiento global. El efecto invernadero, mecanismo natural esencial para la vida, se ha intensificado peligrosamente. Caballero, Lozano y Ortega (2007) explican que “los gases que permiten que este proceso se dé son los llamados gases de efecto invernadero (GEI)”, siendo el CO₂ el principal responsable del calentamiento global. Las consecuencias incluyen derretimiento glaciario, elevación del nivel del mar y alteración de ciclos biogeoquímicos.

El cambio climático impacta severamente la biodiversidad. Greenpeace (2018) reporta que “dos tercios de la Gran Barrera de Coral australiana ha muerto por el aumento de las temperaturas generado por el cambio climático”. Ecosistemas como humedales enfrentan riesgo de desaparición, afectando la capacidad de regeneración de los sistemas naturales.

Esta crisis ambiental multidimensional evidencia lo que Boff (1996) identifica como una ruptura fundamental en la relación ser humano-naturaleza, donde la creación ha sido reducida a “simple almacén de recursos” (p. 87), exigiendo una respuesta integral que reconcilie dimensiones ecológicas, sociales y espirituales.

La crisis espiritual

La profunda crisis espiritual de la humanidad se evidencia en varios aspectos, desde una perspectiva sociológica, filosófica, teológica y psicológica. La fragmentación de creencias, pérdidas de marcos de sentido y formas de religiosidad superficiales se manifiesta en la secularización de las sociedades actuales, personas sin afiliación religiosa y en el creciente interés por prácticas espirituales desligadas de las instituciones tradicionales (Pew Research Center, 2019). Pero esta crisis no consiste en la desaparición de la espiritualidad sino en la transformación de experiencias fluidas y efímeras.

El reflejo de esta crisis se evidencia en la transformación de la vivencia religiosa, según Berger (1999), “la pluralización social e individual produce una situación en la que las certezas religiosas se debilitan, porque siempre hay alternativas disponibles” (p. 11) por tanto se infiere que tal

fragmentación conlleva a una inseguridad y a un debilitamiento de la experiencia espiritual profunda y así creando incertidumbre espiritual. Pero este no solo es el caso en la sociedad actual, según Bauman (2000) lo describe como una espiritualidad “líquida”, donde los vínculos no se sostienen: “Las relaciones humanas, como las cosas, son para consumir y tirar; los compromisos son frágiles, temporales, revocables” (p. 8) convirtiendo la espiritualidad como un bien de consumo mas que un camino profundo de transformación, donde el compromiso es efímero.

Pero la crisis espiritual va más allá del individuo y se inserta en el marco del consumismo capitalista. Han (2015) señala que en la sociedad actual la espiritualidad se transforma en un “bien de consumo”, donde prácticas religiosas, meditativas o místicas se ofrecen como productos para el mercado de la autoayuda y el bienestar (p. 25). Lo que antes era un camino de trascendencia hoy se reduce, en muchos casos, a técnicas de gestión del estrés o de optimización personal. La paradoja, como advierte Han, es que “el capitalismo revitaliza lo religioso, pero lo priva de su hondura, convirtiéndolo en mercancía espiritual” (2015, p. 34).

Si contemplamos la crisis espiritual en América Latina en relación a la religiosidad encontramos las siguientes cifras del Pew Research Center (2014), “en la mayor parte de América Latina la proporción de católicos ha disminuido de manera significativa en las últimas décadas”. En Brasil, por ejemplo, la población católica bajó del 92 % en 1970 a cerca del 61 % en 2014 (Sigal, 2018). Del mismo modo, en Chile los católicos han descendido hasta el 42 %, mientras que un 37 % de la población se declara sin religión (Pontificia Universidad Católica de Chile, 2022). Esta movilidad indica que la religión ha dejado de ser un marco cultural rígido, abriendo paso a una espiritualidad más “a la carta”, donde cada sujeto escoge prácticas, creencias y valores según sus preferencias personales.

La crisis espiritual también se entiende como un hecho cultural en el contexto del cristianismo occidental. Guardini (1996) señalaba que la modernidad ha fragmentado la vivencia cristiana, reduciéndola en muchos casos a un conjunto de ritos culturales desvinculados de la experiencia vital de fe, donde los ritos y las practicas se convierte en simples actos ajustados a un bienestar pasajero sin encarnar una espiritualidad profunda como estilo de vida. Tillich (1963) añade que, en la secularidad contemporánea, los seres humanos sustituyen lo religioso por “preocupaciones últimas” como el consumo, las ideologías o la identidad individual (p. 12). En este sentido, la espiritualidad cristiana en occidente corre el riesgo de convertirse en un trasfondo cultural más que en una fuente viva de sentido y compromiso.

En el plano ético, los mismos datos confirman una tendencia hacia la autonomía moral frente a las enseñanzas institucionales. Según Pew Research Center (2024), en países de América Latina entre un 63 % y un 86 % de católicos consideran que la Iglesia debería permitir el uso de anticonceptivos, y entre un 47 % y un 83 % están de acuerdo con que las mujeres puedan ser sacerdotes. Estas cifras revelan que las convicciones éticas de los creyentes ya no se someten de manera pasiva a la autoridad eclesial, sino que se definen cada vez más desde criterios individuales. Como advierte MacIntyre (2001), en las sociedades modernas se impone el “emotivismo”, en el que los juicios morales no son más que expresiones de preferencias subjetivas (p. 32).

Además de esto según la OMS (2022) menciona que más de 280 millones de personas en el mundo padecen depresión, donde se puede inferir que esta crisis de salud mental está ligada a la pérdida de sentido trascendente como lo describió Frankl (2015). En todo caso, el avance de la sociedad hacia la secularización hace que lo trascendente sea más complejo, creando la tensión entre la apertura espiritual del ser humano y el horizonte cerrado de la cultura secular. Taylor (2007) describe la cultura secular contemporánea como un “campo de inmanencia cerrado” (p. 543), en el que la trascendencia ya no es evidente. Sin embargo, añade que “el hambre de trascendencia permanece vivo, aunque no encuentre un lenguaje común” (p. 769). Esta tensión entre apertura y oscuridad muestra la diferencia entre espiritualidades superficiales, centradas en experiencias pasajeras y la búsqueda de una espiritualidad profunda que dé sentido integral a la vida.

Pero acá no se detiene la crisis que se está afrontando, hay un creciente auge del individualismo. Noticiassin, (2016) describe a la región latinoamericana como una de las más desconfiadas del mundo, donde la población no cree que las instituciones puedan responder a sus necesidades lo que lleva a cada persona a resolver sus propias situaciones incluso en el plano espiritual.

Y ya por último Ratzinger (2005) fue contundente: “Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus deseos” (p. 16). Este relativismo erosiona la experiencia de fe sólida y conduce a una espiritualidad superficial, sin anclaje en la verdad trascendente.

La crisis ambiental signo de una crisis espiritual

Causa de la crisis ambiental

Dentro de las diversas corrientes de pensamiento que constituyen la crisis ambiental, encontramos una gran diversidad de argumentos que incluso se contraponen, es así como nos remitiremos a

tomar una postura crítica que nos permitirá realizar un análisis determinado y tomar una postura que sea sostenible dialógicamente y acorde a las perspectivas humanistas propias de nuestra tradición de pensamiento y de la Iglesia misma y su giro hacia la integralidad de la visión ecológica haciendo apertura a el hecho que la crisis ambiental que amenaza la sostenibilidad de la vida en el planeta no es un fenómeno autónomo ni meramente técnico. Por el contrario, puede entenderse fundamentalmente como la consecuencia visible y material de una crisis espiritual previa y más profunda. Esta crisis espiritual se caracteriza por una ruptura con lo Otro, con el Otro y con sí mismo, y se manifiesta en una visión reduccionista del mundo que margina al Espíritu y privilegia paradigmas de desarrollos insostenibles.

Es así como se pretende, a partir de los valores construidos por los seres humanos y su condición espiritual y de aquellos valores existentes e inherentes a la naturaleza, reconocer que el hombre siendo igual a lo natural, pero gozando de razón y consciencia, un ser espiritual, tiene una responsabilidad, una obligación de cuidado de la naturaleza, cuidado que al ser ejercido desde dicha razón orientada por la consciencia, que es ética, deberá asumirse como autocuidado, que al no ser un cuidado individual significará un autocuidado del nosotros. La naturaleza involucra todo lo natural y, por ende, incluye al ser humano en un gran y complejo nosotros. Por esta razón daremos un mensaje de esperanza posibilitado desde la formación y la educación en la transformación del ser humano a nivel espiritual, que debe llevar al hombre para alcanzar plenamente el buen vivir, que implica armonía y equilibrio con todo lo que hace parte de esta casa, creando así conciencia por el Otro, lo Otro y por sí mismo en un nosotros. De esta manera hay un acercamiento de igualdad de la persona humana con lo natural con la diferencia de que con las capacidades que tiene cada ser viviente y su función en la Tierra, el hombre llegó con la facultad de razón articulada a su consciencia ética, lo que le permite la responsabilidad y el cuidado, en su rol determinado.

Nos encontramos entonces que al ser el hombre un ser natural, debemos entenderlo como Otro en la naturaleza, esto es como naturaleza o un ser natural más, incluso objeto necesitado de cuidados ecológicos, pues también cuidamos de los hombres al cuidar la naturaleza, lo que nos pone en una postura humanista, pero al ser un ser natural dotado de consciencia, el hombre, el ser humano, se torna en un para el Otro, un para lo Otro, y por tanto, es primigeniamente un ser cuidador, es decir que cuidar es su esencia, esencia desde lo espiritual, por tanto tiempo perdida, perdida por la

cultura de la superproducción. Por lo anterior debemos retomar la idea de que la formación es el camino, y por ello la formación deberá comenzar por recuperar la esencia espiritual del ser humano que invita al cuidado, recuperación que implica la ubicación del ser humano, no como ser natural superior, sino como ser con un encargo de consciencia, el encargo de no alterar el equilibrio, el encargo de cuidar primeramente sus acciones con proyección hacia lo Otro, hacia el Otro y hacia el sí mismo, en fin, hacia el gran Nosotros.

De este modo, podemos adentrarnos en la significación de una desconexión espiritual que olvida la permanencia en los valores de cuidado conllevando a la crisis planetaria que estamos enfrentando hoy en día. Es así, como desde la perspectiva de Leonardo Boff (1996) que mira la crisis ambiental como una ruptura del ser humano con lo sagrado, asumiendo que el Espíritu es aquel que “integra y reconcilia todas las cosas” (p.112) se hace entender que el ser humano se desconecta de esta dimensión espiritual reduciendo la naturaleza a un mero recurso de utilización para su propio beneficio, perdiendo la capacidad de verla como un don divino. Esta desconexión se basa en el privilegio del dominio sobre lo contemplativo y la acumulación sobre lo recíproco. La auténtica espiritualidad guía al ser humano a una relación de cuidado y reverencia e invita a percibir la creación como don sagrado. Así Boff (1996) es categórico al afirmar que la actual crisis ecológica es, en el fondo, una crisis espiritual, porque “supone la ruptura de las relaciones de reciprocidad y de respeto con la naturaleza, que pasa a ser considerada como un simple almacén de recursos” (p. 87). Entonces la actual devastación ambiental no es un fenómeno aislado, sino la manifestación tangible de un vacío espiritual y ético que ha permitido la reducción de la naturaleza a objeto.

Pero entonces se debe entender que la espiritualidad pneumatológica comprendida como la acción transformadora y vivificante del Espíritu en la creación y en la conciencia humana, es reemplazada por una espiritualidad superficial, funcional al sistema capitalista. Como advierte Han (2015), incluso las prácticas espirituales son tomadas por la lógica del consumo, convirtiéndose en bienes de optimización personal en lugar de caminos de transformación ética y comunitaria que nos lleven al cuidado, lo religioso se convierte en mercancía espiritual, una espiritualidad del consumo, que conlleva el consumo explotador que no cuestiona las lógicas extractivistas y de descarte. Esta “espiritualidad líquida” (Bauman, 2000) no interpela ni compromete, más bien, refuerza el individualismo, priorizando su bienestar y la desconexión con el Otro y con lo Otro, se hace efímero su compromiso comunitario lo que conlleva a la profunda crisis ambiental existente.

Pero de todas estas características en relación al hombre como ser natural Francisco (2015) introduce un elemento de precaución que, aunque valora el eco-biocentrismo, donde se da un valor igualitario a todo ser vivo, advierte que no debe llevar a una marginación del ser humano en su rol de custodio de la creación, en su condición de ser humano como creado a imagen y semejanza de Dios. La ecología integral es, por tanto, una vía media que evita tanto el antropocentrismo depredador como un eco-biocentrismo que ignore la dignidad y la responsabilidad propia del ser humano. En todo caso Francisco (2015) corrobora que el problema fundamental es el antropocentrismo desviado donde el ser humano “ya no reconoce su posición adecuada en el mundo y asume un papel centrado en sí mismo, exagerando su propia capacidad” (117) lo que permite determinar que esta exaltación del ser humano es una negación del Espíritu que invita la humildad y a la interdependencia con lo Otro. Pero así mismo, hace una crítica al paradigma tecnocrático que no impone límites, donde no hay una ética sólida ni una orientación. Lo que manifiesta que esta falta de ética y de sentido de límite es, en el fondo, una carencia espiritual, donde esta desconexión del Espíritu no solo afecta la relación con el entorno, sino que también debilita la ética del cuidado que en consecuencia produce la crisis.

Pero Francisco (2015) al insistir que la tecnocracia, al prescindir de una reflexión ética anclada en lo trascendente, perpetúa un paradigma de dominación que ignora los límites de la Tierra y los clamores de los más vulnerables. Entonces la crisis ambiental, en este sentido, es síntoma de una crisis antropológica más amplia ligada a la incapacidad de reconocer que el ser humano es parte de una trama de vida interdependiente como lo manifestaba Capra (2002), llamada a ser custodiada con responsabilidad moral.

Pero la posición de la iglesia manifestaba la crisis ambiental con Ratzinger (2005) que ya nos había alertado sobre el “relativismo que no reconoce nada como definitivo” (p. 16). Al no haber una verdad trascendente que oriente la acción, el único criterio que queda es la eficiencia y la utilidad inmediata, lo cual justifica éticamente la explotación ambiental, llevando a la crisis. Además de esto, los procesos de secularización, entendidos no como mera separación entre Iglesia y Estado sino como “un cambio en las condiciones de la creencia” (Taylor, 2007, p. 3) como se ha manifestado como “preocupaciones últimas” Tillich (1963) funcionan como reemplazos de la trascendencia. En este sentido, la espiritualidad cristiana en Occidente corre el riesgo de convertirse en un trasfondo cultural más que en una fuente viva de sentido y compromiso, occidente ya no parte de la trascendencia como horizonte evidente, sino que el individuo construye

su propio universo de sentido y al desligar progresivamente lo sagrado de lo creado, la modernidad occidental puede impulsar una visión instrumental de la naturaleza, donde esta deja de ser considerada como obra divina y pasa a concebirse como recurso explotable, al desaparecer la visión sagrada de la creación, entonces la Tierra queda reducida a materia manipulable. Pero Balthasar (1967) ya advertía que la fe se había reducido “a un conjunto de proposiciones o de normas éticas, olvidando su dimensión de misterio y belleza” (p. 24). Esto revela cómo la tradición cristiana en Occidente, marcada por la cultura, se enfrenta al riesgo de una vivencia meramente cultural, rutinaria y superficial.

Por eso mismo, nos encontramos con que la crisis ambiental es un síntoma de una crisis espiritual profunda, donde se obtiene una incapacidad de reconocer el Espíritu en la vida.

No cabe de más resaltar la mirada de Panikkar (1993) y su visión cosmoteándrica y la fractura que se genera en la desconexión del Espíritu al ver lo divino, lo humano y lo cósmico como dimensiones inseparables de un único tejido, donde la ausencia de una espiritualidad que integre estas dimensiones, es decir, una espiritualidad pneumatológica en sentido amplio, lleva al ser humano a situarse fuera de este tejido de la vida, facilitando así el desequilibrio planetario. Sepúlveda Pizarro (2018) amplía esta idea al afirmar que la ecosofía panikkariana invita a un “ritmo del ser” donde lo eterno y lo temporal se armonizan, superando la lógica utilitarista que reduce el mundo a objeto (p. 271). La crisis ambiental, en este marco, es resultado directo de haber roto ese ritmo, privilegiando el tiempo lineal del “progreso” sobre el tiempo cíclico de la naturaleza y lo eterno, comprendiendo que la crisis no es solo de carácter ético o técnico sino relacional con el Ser trascendente en un sentido espiritual.

Finalmente, la crítica al antropocentrismo desviado compartida por los diversos autores Boff, Francisco y Panikkar, revela que la crisis espiritual subyacente es también una crisis de percepción como la incapacidad de ver el mundo como un don gratuito y compartido. Como señala el Pontificio Consejo (2005), la creación es un “don divino” que exige responsabilidad (p. 67). La recuperación de una espiritualidad pneumatológica implica, entonces, un cambio de mirada donde se pasa de ver la naturaleza como objeto de uso a reconocerla como sujeto de diálogo y comunión.

Reconciliarnos con lo espiritual

Solo desde la conversión espiritual, de la superficial a la profunda, que es al mismo tiempo ética, política y existencial, será posible construir los caminos de reconciliación que nuestro planeta

demanda. Una espiritualidad profunda reconoce el límite como parte constitutiva de la condición creatural. Entonces la propuesta de una ecoespiritualidad emerge como un marco integrador que reconecta la dimensión espiritual con la responsabilidad ambiental. Según Boff (1996), la ecoespiritualidad implica “sentir, pensar y amar como la Tierra”, es decir, reconocerse parte de un todo interdependiente y sagrado. No se trata de un romanticismo naturalista, sino de una conversión profunda que conlleva un cambio en el modo de habitar el planeta. Así, Boff enfatiza el aspecto liberador y ecocéntrico de la ecología. Ya mencionaba Panikkar con su visión cosmoteándrica superando las dicotomías entre humano, divino y cósmico. Su ecosofía llamando a un “ritmo del ser” que reconcilia tiempo y eternidad, acción y contemplación (Sepúlveda Pizarro, 2018) reconciliando nuestra relación con la Tierra.

La propuesta que emerge de este análisis subraya la urgencia de recuperar una espiritualidad cristiana encarnada, que integre el cuidado de la creación como expresión concreta de la fe. Esto implica, como sugiere Boff (2016), una “re-ligazón” con el todo a través del Espíritu, que impulse no solo un cambio de conciencia, sino también prácticas transformadoras en lo social, lo económico y lo político (p. 78). La teología pastoral y moral están llamadas a fomentar esta conversión, promoviendo una ecoespiritualidad que traduzca la contemplación en acción, la gratitud en sobriedad y la compasión en justicia socioambiental. En definitiva, se busca demostrar que la reconciliación con la Tierra exige, necesariamente, una reconciliación con la dimensión profunda del Espíritu que habita en ella y en nosotros y que convoca a la humanidad a asumir su rol de cooperadora en la obra creadora de Dios.

El Papa Francisco (2015) insiste en que esta conversión ecológica debe ser al mismo tiempo social, pues “el gemido de la Tierra está unido al gemido de los pobres” (LS, 49). La espiritualidad que propone no es de evasión, sino encarnada que se expresa en la sobriedad, la gratitud, el cuidado concreto y la lucha por la justicia ambiental. Desde esta óptica, la crisis ambiental es una oportunidad para redescubrir una espiritualidad profunda, capaz de responder al clamor de la Tierra y de los excluidos, como señala Francisco (2015), sin una conversión ecológica que parta de lo profundo del ser, las soluciones técnicas resultan insuficientes.

De esta manera la espiritualidad profunda solo puede renacer allí donde se reconozca la primacía de la alteridad sobre el ego, en el cuidado por el Otro, lo Otro, por sí mismo y por el gran Nosotros. Como manifestaba Levinas (1997), “el rostro del Otro me interpela y me obliga” (p. 78) fomentando espiritualidades encarnadas que integren el cuidado de la casa común en la liturgia, la

catequesis y la práctica comunitaria y así promover conversiones ecológicas personales y colectivas, basadas en la sobriedad, la justicia y la compasión y avanzar en el legado del papa Francisco en el dialogo transdisciplinar entre ciencia, ética, espiritualidad y políticas públicas, tal como lo propone la ecología integral.

Entonces resulta que la propuesta de una ecoespiritualidad neumatológica, en diálogo con la ecosofía de Panikkar y la ecología integral de Francisco y Boff, ofrece un marco para restablecer esa conexión sagrada con lo Otro, el Otro y el gran nosotros. Esto no solo implica un cambio de conciencia y dejarnos habitar por el Espíritu, sino un cambio también de estructuras económicas y sociales que perpetúan la explotación y el descarte.

Encontramos entonces que la posibilidad de recuperar una espiritualidad neumatológica, en contextos secularizados no solo es viable, sino urgentemente necesaria y no significa que en contextos secularizados se niegue lo trascendente, sino que hay una posibilidad de rediseñar la experiencia espiritual en claves auténticas y encarnadas. Pero como veníamos mencionando con Charles Taylor (2007), la secularidad no es solo la “ausencia de Dios”, sino un nuevo marco donde las creencias religiosas se vuelven una opción entre otras, lo que exige una reinención del lenguaje y la práctica espiritual (p. 3) y de esta manera se puede dar respuesta a un resurgir ético y contemplativo que dé respuesta a la crisis ambiental existente.

Pero así mismo, el secularismo puede ayudar a mirar de fondo lo esencial de las adherencias religiosas, ritualistas o dogmáticas, ya que el Espíritu se podría comprender no desde perspectivas institucionales sino como presencia dinámica que actúa en la naturaleza y en la historia del ser humano, siguiendo a Boff (1996) insiste en que el Espíritu “fecunda la creación” independientemente de lo institucional y se manifiesta en todo signo de justicia, belleza, liberación, emancipación de búsqueda de verdad, que en ambientes seculares se hacen presentes en la forma de valores humanos que emergen desde el comportamiento ético. De esta manera la crisis ambiental se convierte en un lugar teológico para reintroducir la espiritualidad neumatológica en el debate público, incluso en contextos secularizados y nos toca seguir impulsando el dialogo entre los diferentes contextos científicos, políticos, sociales, culturales, económicos, éticos donde se hace visible la manifestación del Espíritu. Igual con la visión cosmoteándrica de Panikkar (1993) lo secular no se opondría a lo sagrado, sino que se mira desde otra perspectiva, donde la naturaleza se revela como un lugar donde el Espíritu se hace tangible inclusive para quien no profesan ninguna posición religiosa.

Pero si se observa un fenómeno en esta era secular donde hay, como dice Taylor (2007) un “hambre de trascendencia” el Espíritu puede manifestarse en perspectiva como el asombro ante la naturaleza, en la contemplación de la biodiversidad, en la compasión hacia los vulnerables, en la creatividad artística, en la lucha por la justicia socioambiental, en prácticas de cuidado, en la indignación ética, que son lectura de una espiritualidad profunda. Y de esta manera se aviva la practica comunitaria desde el buen vivir (ecosofía andina), comunidades eclesiales de base, movimientos eco-sociales, en defensa del agua, los bosques o territorios sagrados. En todos estos lugares el Espíritu se hace manifiesto en prácticas de solidaridad y cuidado.

La recuperación de una espiritualidad pneumatológica implica, como se infiere de Boff (2016), que no habrá sostenibilidad ambiental sin una revolución espiritual. La solución no es solo técnica, sino que exige una conversión pneumatológica que restablezca el vínculo entre el Espíritu, la humanidad y la Tierra. y comprender que la espiritualidad, “no es monopolio de las religiones, sino una dimensión de lo humano. La espiritualidad es nuestra capacidad de dialogar con el Yo profundo y escuchar las llamadas del corazón” Boff (2016) llamado que exige un cuidado profundo por lo Otro, el Otro y nosotros mismos. Así mismo se trata de cultivar una sensibilidad pneumatológica que, desde la secularidad, reconozca que el mundo no es un objeto muerto, sino un sujeto vivo con el cual estamos llamados a entrar en comunión. Esta espiritualidad no es un retorno al pasado, sino un renacimiento del Espíritu en las condiciones concretas de nuestro tiempo que es evidentemente plural, secularizado, y en emergencia ambiental.

Ya para finalizar se quiere reiterar la necesidad de sensibilización, educación y formación ambiental como solución a la crisis existente, además de las acciones desde la voluntad política, desde los colectivos o desde el individuo. La formación juega un papel fundamental en la transformación del ser, ya que inculca un compromiso asumido desde los valores o virtudes, acá queremos resaltar que los valores inculcados en las personas y su puesta en práctica permitirán un cambio en la conciencia de cada ser, en la conciencia del colectivo, que llevara una transformación en la forma de actuar ante el problema que se presenta. Entonces formar será una herramienta fundamental en el mantenimiento de la armonía y equilibrio planetario, enfocada en prácticas sostenibles teniendo en cuenta el desarrollo de los pueblos, pero ligadas a estas están la austeridad, donde realmente se consuma lo necesario y no el paradigma de economías lineales de compro, consumo y desecho, sino recapacitar en la economía circulares donde no se pierda nada de la

materia, como también inculcar valores de protección, preservación, restauración y conservación, respeto, compromiso y solidaridad.

Aunque se le llame educación ambiental se quiere resaltar que está enfocada más a la formación entendida como la transformación del ser y de generación de conciencia llevada a la práctica y no una simple transmisión de conocimiento. Pero entonces la educación ambiental promoverá el conocimiento sobre los problemas ambientales, capacitará a las personas y dará criterios para analizar información permitiendo la comprensión de temas pertinentes a la crisis, en cuanto a temas sociales, económicos, culturales, políticos, ecosistémicos, biológicos, abriendo paso a diferentes posturas que permitan el diálogo y la reflexión, mientras que la formación ambiental permitirá la transformación tanto de sujetos como de colectivos en el ámbito moral, a partir de la apropiación de valores, estimulando el cambio de conducta en pro de solventar la crisis tomando una posición crítica y constructiva en el fomento de la ética especialmente de cuidado y responsabilidad, para adquirir una conciencia en la solución de los problemas ambientales.

Nos encontramos en un momento donde es necesario el cambio y estamos viendo grandes acciones que se están realizando en todo el mundo, el mensaje de la iglesia, los informes científicos, los proyectos ambientales colectivos e individuales, las movilizaciones que se están viendo alrededor del mundo están actuando por los cambios necesarios, es por eso que queremos dar un mensaje esperanzador donde aún se puede transformar las acciones del ser humano y permitir vivir en completo equilibrio y armonía, “hay posibilidad de salvación. Pero para ello debemos recorrer un largo camino de conversión de nuestros hábitos cotidianos y políticos, privados y públicos, culturales y espirituales. La degradación creciente de nuestra casa común, la Tierra, denuncia nuestra crisis adolescente. Tenemos que entrar en la edad madura y mostrar signos de sabiduría” (Boff, 2012) por esto las acciones transformadoras en la conciencia de las personas podrán marcar el nuevo rumbo, las virtudes del cuidado y la responsabilidad empezarán por marcar el nuevo paradigma donde se puede vivir acorde al uso de los recursos sin descuidar su regeneración, “la nueva filosofía se presenta como balística ecológica y espiritual. Constituye una alternativa al realismo materialista, con capacidad de devolver al ser humano el sentimiento de pertenencia a la familia humana, a la Tierra, al universo y al propósito divino” (Boff, 2012) un sentido de pertenencia que permitirá concatenar nuestra conciencia, ya que el cambio además de ser individual tiene que ser un cambio colectivo, hay un nuevo rumbo, un nuevo sendero que se ira construyendo y se está construyendo, estamos volviendo a la unión con lo natural, con la madre

Tierra, se está volviendo a la compasión por quien sufre, el Otro, lo Otro, nosotros mismos, el gran nosotros, pero es necesario reconocer el daño causado y darle el nombre que se merece la situación actual, como emergencia ambiental o colapso ambiental, como dice el científico Sagan (1980) “Somos la forma que tiene el cosmos de conocerse a sí mismo. Somos seres conscientes de las estrellas, hechos de polvo de estrellas. Somos el medio para que el cosmos se conozca a sí mismo” así que entre más nos conocemos más sentido de pertenencia tendremos por lo que tenemos, hay un aporte valioso “lo único que le queda a la sociedad civil es admitir que el fortalecimiento de las estructuras comunitarias y solidarias ya no es solamente una opción ideológica, sino un principio de sobrevivencia tanto para la sociedad como para el medio ambiente de éste, nuestro planeta” (Ribeiro, 2012) ecosofías como el buen vivir, la ecología integral permitirán la construcción económica, política, cultural, social, ambiental, para vivir comunitariamente sin afectar el ecosistema donde desarrollamos todos nuestros hábitos, de esta manera lograremos la transformación necesaria para poder vivir acorde al orden establecido y el equilibrio necesario en armonía con todo.

Conclusiones

En el artículo se constata que la crisis ambiental contemporánea posee una raíz espiritual innegable, ya que al analizar la ecosofía de Panikkar, la perspectiva ecológica en Boff y la ecología integral en Francisco, se revela que la crisis es consecuencia directa de una ruptura en la relación sagrada entre el ser humano, la creación y el Espíritu.

La desconexión espiritual del ser humano con la Tierra es núcleo de la problemática ambiental, manifestado en un antropocentrismo desviado que reduce la naturaleza a un mero recurso de explotación, así como la creciente espiritualidad superficial funcional al sistema de consumo, que promueve el estar bien momentáneo sin cambios profundos en las acciones.

La formación ambiental debe trascender la mera transmisión de conocimientos para convertirse en un proceso de transformación del ser, donde se logre la verdadera conversión ecológica, una verdadera transformación interior que restablezca la relación de reciprocidad con la Tierra.

El cuidado del Otro (prójimo), lo Otro (naturaleza) y el sí mismo constituye una tríada inseparable en la construcción del gran “Nosotros”. Esta comprensión representa un aporte significativo a la teología ecológica y constituye un hallazgo central de nuestro estudio, ya

que se reconoce el rostro del pobre como lugar teológico privilegiado, se fundamenta la justicia social como dimensión inseparable de la justicia ecológica y se reconoce el valor intrínseco de todos lo creado.

A la pregunta de investigación que guio este trabajo, ¿Cómo el déficit de una práctica responsable del ser humano con el ecosistema, vinculado a la ausencia del Espíritu Santo, puede contribuir a la manifestación de una crisis ecológica en su relación con el mundo, desde la perspectiva de la espiritualidad cristiana y en diálogo con la teología ecológica de Leonardo Boff? encontramos tres respuestas:

La investigación demuestra que esta ausencia se manifiesta en varios niveles, uno de ellos es que, al perder la dimensión espiritual, el ser humano adopta una visión reduccionista de la realidad que le impide reconocer el valor intrínseco de la Tierra.

Así mismo, se rompe la conciencia de interdependencia con el cosmos, generando una ilusión de separación y superioridad, fundamentado en una espiritualidad líquida y superficial prevaleciente que no genera los compromisos permanentes necesarios para un cuidado sostenido de la Tierra.

La ausencia del Espíritu conduce inevitablemente a una práctica ambiental irresponsable ya que elimina el sustrato espiritual que fundamenta el respeto, la reverencia y el cuidado como respuestas naturales ante la crisis.

Esta investigación también trae varias tareas a futuro para el desarrollo teológico posterior particularmente en el campo de la teología moral social.

Una primera tarea se desarrolla en el ámbito de la teología moral socio-ambiental donde se debe profundizar los fundamentos teológicos de una ética ecológica articulando la doctrina social de la iglesia con el cuidado de la Tierra, donde se desarrollan principios morales específicos para las nuevas problemáticas que se manifiestan.

Una segunda tarea reconoce a la teología pastoral eco-social en el diseño de modelos pastorales que integren la conversión ecológica en la práctica comunitaria, donde se fortalezca la espiritualidad, la ética y las acciones ambientales concretas.

Y por último, una tercera tarea permite hacer la reflexión sobre lo que hoy se considera teología del pecado ecológico, enfocado en la ruptura no solo con Dios y con el Otro sino también con lo Otro (la creación).

Referencias

- Ángel Maya, A. (1996). *La fragilidad ambiental*. Universidad Nacional de Colombia.
- Boff, L. (1996). *Ecología: Grito de la Tierra, grito de los pobres*. Trotta.
- Boff, L. (2000). *La dignidad de la Tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad. La emergencia de un nuevo paradigma*. Editorial Trotta.
- Boff, L. (2000). *Ética planetaria*. Editorial Trotta
- Boff, L. (2012). *El cuidado esencial: Ética de lo humano, compasión por la Tierra*. Editorial Trotta, p. 24.
- Boff, L. (2016). *La Tierra está en nuestras manos: Una nueva visión del planeta y de la humanidad*. Sal Terrae.
- Burgui, M. (2005). *Ética medioambiental: responsabilidad y derechos*. Eunsa.
- Caballero, M., Lozano, S., & Ortega, B. (2007). *Efecto invernadero, calentamiento global y cambio climático: una perspectiva desde las ciencias de la tierra*. Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana, 109-119.
- Capra, F. (2002). *La trama de la vida: Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Anagrama.
- Cecon, E. (2007). *Revolución verde: tragedia en dos actos*. Revista IDEAS, 23-39
- Francisco. (2015). *Laudato Si: Sobre el cuidado de la casa común*. Vaticano.
- Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Herder. (Trabajo original publicado en 1946)
- Greenpeace. (2008). *Una energía sin futuro: desmontando las mentiras de la energía nuclear*. https://archivos.greenpeace.org/espana/Global/espana/report/cambio_climatico/ENERGIA_NU CLEAR_BAJA.pdf
- Greenpeace. (2018). *Así nos afecta el cambio climático: Cumbre climática en Polonia, una oportunidad que no podemos perder*. <https://es.greenpeace.org/es/wp-content/uploads/sites/3/2018/11/COP24-ASI-NOS-AFECTA-EL-CAMBIO-CLIMATICO-.pdf>
- Guardini, R. (1996). *El ocaso de la Edad Moderna*. Encuentro.
- Han, B.-C. (2015). *El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.
- Hathaway, M., & Boff, L. (2014). *El Tao de la liberación: Una ecología de la transformación*. Editorial Trotta.
- Jiménez García, J. I. (2021). *La ecosofía como experiencia mística en la obra de Raimon Panikkar*. En G. A. Muñoz Marín & J. D. Cifuentes Yarce (Comps.), *Humanismo y transhumanismo*:

reflexiones desde las ciencias humanas y sociales (pp. 207-217). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

MacIntyre, A. (2001). *Tras la virtud* (2ª ed.). Editorial Crítica.

Naess, A. (1989). *Ecology, community and lifestyle: Outline of an ecosophy* (D. Rothenberg, Trad.). Cambridge University Press.

Noticiassin. (2016, 20 de octubre). *Latinoamérica es la región más desconfiada del mundo, según Latinobarómetro*. <https://noticiassin.com/latinoamerica-es-la-region-mas-desconfiada-del-mundo-segun-latinobarometro-31043/>

OEA. (2000). *Prevención de la Contaminación Minera: Propuesta de un Marco Común para las Américas*. Departamento de Desarrollo Sostenible. <http://www.oas.org/dsd/Publications/Unit/oea54s/begin.htm#Contents>

OMS. (2022). *Depresión*. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/depression>

Panikkar, R. (1993). *The cosmotheandric experience: Emerging religious consciousness*. Orbis Books.

Peláez, V., & Corredor, J. I. (2009). *A propósito del impacto ambiental*. *Revista EIA*, (11), 33-47.

Pew Research Center. (2014). *Religion in Latin America: Widespread change in a historically Catholic region*. Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org/religion/2014/11/13/religion-in-latin-america>

Pew Research Center. (2019). *In U.S., decline of Christianity continues at rapid pace*. <https://www.pewresearch.org/religion/2019/10/17/in-u-s-decline-of-christianity-continues-at-rapid-pace/>

Pew Research Center. (2024, septiembre 26). *Religion and Catholics in Latin America*. <https://www.pewresearch.org/religion/2024/09/26/religion-catholics-september-2024-press-release/>

Pontificia Universidad Católica de Chile. (2022). *Encuesta Bicentenario 2022: Creencias religiosas en Chile*. https://es.wikipedia.org/wiki/Irreligi%C3%B3n_en_Chile

Pontificio Consejo “Justicia y Paz”. (2005). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Libreria Editrice Vaticana.

Ramírez Hernández, V., & Arango, J. A. (2014). *Evolución de las teorías de explotación de recursos naturales: Hacia la creación de una nueva ética mundial*. *Revista de la Universidad de Caldas*, (39), 123-145.

- Ratzinger, J. (2005). *Introducción al cristianismo*. Sígueme.
- Ribeiro, S. (2012). *La sustentabilidad: ¿un concepto político o una estrategia de marketing?* Revista Ciencias,(91-92), 66-71. Universidad Nacional Autónoma de México. Enlace: <https://www.revistacienciasunam.com/pt/blog-2/44-revistas/revista-ciencias-91.html>
- Sagan, C. (1980). *Cosmos*. Random House.
- Sepúlveda Pizarro, J. (2018). *Ecosofía: hacia una comprensión de la sabiduría de la Tierra desde la noción de ritmo del ser de Raimon Panikkar*. Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones, 23, 263-278. <https://doi.org/10.5209/ILUR.61030>
- Sigal, S. (2018). *Religión en América Latina: transformaciones contemporáneas*. Hérodote, 168(4), 119-135. <https://shs.cairn.info/revista-herodote-2018-4-page-119>
- Taylor, C. (2007). *A secular age*. Harvard University Press.
- Tillich, P. (1963). *Teología sistemática*. Sígueme.
- Von Balthasar, H. U. (1967). *Gloria: Una estética teológica*. Ediciones Encuentro.